

# EL EXILIO EN AMÉRICA LATINA: ITINERARIOS DEL PENSAMIENTO\*

---

Antolín Sánchez Cuervo\*\*

## *Resumen*

Si hubiera un término que pudiera identificar, aun de manera aproximada, el rico y heterogéneo pensamiento del exilio español republicano de 1939, bien podría ser el de “humanismo”, entendido como una filosofía del ser humano construida a partir de su indigencia radical actual mucho más que de planteamientos abstractos previos, y siempre bajo la presión de la guerra y el exilio, el totalitarismo y la razón instrumental. Es decir, como un humanismo “en tiempos oscuros” que busca respuestas a la crisis profunda de la racionalidad científica moderna, al hilo, muchas veces, de una nueva experiencia americana.

## *Palabras clave*

Exilio, Filósofos, Humanismo, José Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, María Zambrano, José Ferrater Mora.

El exilio no sólo es una circunstancia biográfica, histórica o política. También es una figura crítica y una categoría hermenéutica que, por su identificación con la condición desplazada, cuestiona los registros espaciales habituales y convencionales, empezando por el Estado-nación. ¿Hasta qué punto tiene sentido la filiación nacional de un pensamiento caracterizado precisamente por el exilio, es decir, por la expulsión de la nación y sus relatos, o la inclusión en otros de manera subalterna o marginal, o por su condición “u-tópica” en el sentido más literal del término, a saber, de su no-lugar? ¿No tendría algo de absurdo discutir si Gaos era español o mexicano, o, en caso de que fuera ambas cosas como él mismo llegó a insinuar con su teoría de las

\* La presente contribución ha sido realizada en el marco del proyecto de investigación *El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política* (FFI2012-30822), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

\*\* Instituto de Filosofía-CSIC.

dos patrias,<sup>1</sup> qué nacionalidad tendría más derechos sobre su obra? La cuestión se complicaría aún más si tuviéramos en cuenta que en otros muchos casos, como los de García Bacca o Ferrater Mora por citar sólo un par de ejemplos, no habría una sino varias patrias de destino: si el primero residió en Ecuador y México antes de instalarse, de manera definitiva, en Venezuela, el segundo hizo lo propio pasando los primeros años de su exilio en Cuba y Chile, para radicar después en Estados Unidos. Caso por caso llegaríamos, por otra parte, al de María Zambrano, quien tras 40 años de exilios en América y Europa acabaría reivindicando el exilio como patria, precisamente, o como germen de una ciudadanía universal.<sup>2</sup> El exilio es una experiencia de la alteridad, más que de la identidad.

Hablar de itinerarios —y por tanto de trayectorias geográficas o espaciales— en el caso del pensamiento exiliado, esconde así importantes dificultades hermenéuticas y obliga a una reflexión metodológica en la que ahora no podemos detenernos y en la que buen partido podrían aportar, entre otros, los estudios culturales y poscoloniales, o conceptos como los de memoria transnacional<sup>3</sup> e “histoire croisée”;<sup>4</sup> sin olvidar la relevancia del concepto mismo de exilio en el pensamiento contemporáneo más crítico, desde precursores judíos de la Teoría Crítica como Franz Rosenzweig y Walter Benjamin hasta epígonos de la biopolítica como Giorgio Agamben y posestructuralistas como Jean-Luc Nancy, pasando por clásicos contemporáneo como Hannah Arendt o la propia María Zambrano.<sup>5</sup>

Esta dificultad no desaparece si hablamos de itinerario en un sentido metafórico, que haga referencia a la trayectoria intelectual o filosófica, con independencia de su ubicación geográfica, pues se trata de un pensamiento altamente heterogéneo e incluso contradictorio entre sí en algunos momentos, que no llegó a aglutinarse en torno a una escuela o una orientación común. Más bien sucedió al contrario: además de su diversa procedencia, la propia circunstancia del exilio

<sup>1</sup> Véase José Gaos, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en *Revista de Occidente*, núm. 38, mayo de 1966, pp.168–178.

<sup>2</sup> Véase por ejemplo “Amo mi exilio” (1989), en *Obras completas VI*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 777-779.

<sup>3</sup> Véase por ejemplo el reciente volumen colectivo editado por Hans Lauge Hansen, Juan Carlos Cruz Suárez y Antolín Sánchez Cuervo *La memoria novelada III. Memoria transnacional y anhelos de justicia*, Bern, Peter Lang, 2014

<sup>4</sup> Véase Michael Werner y Bénédicte Zimmermann [dir.], *De la comparaison à l'histoire croisée*, Paris, Seuil, 2004

<sup>5</sup> Véase mi trabajo “Fuera de lugar, en otro tiempo. El exilio como figura política”, en Arturo Aguirre, Antolín Sánchez Cuervo y Luis Roniger, *Tres estudios sobre el exilio. Condición humana, experiencia histórica y significación política*, Madrid, EDAF-Puebla/BUAP, 2014, pp. 91-177.

contribuyó a acentuar su diversidad interna. De ello dieron buena cuenta los diversos perfiles, genealogías y trayectorias intelectuales de sus integrantes: José Gaos, María Zambrano, José Ferrater Mora y Luis Recasens Siches habían sido discípulos de Ortega y Gasset —lo mismo, por cierto, que Domingo Casanovas y Francisco Soler, mucho menos conocidos y respectivamente exiliados en Venezuela y en Chile—; Eduardo Nicol, Juan Roura Parella y Jaume Serra Hunter, en cambio, procedían de la llamada Escuela de Barcelona. Ligado a esta última, Joaquín Xirau también había recibido una honda influencia del ambiente krausista característico de la Institución Libre de Enseñanza, al igual que Fernando de los Ríos, Lorenzo Luzuriaga, María de Maeztu, Luis de Zulueta, Rubén Landa y Joaquín Álvarez Pastor. Por otra parte, Eugenio Ímaz y Juan David García Bacca fueron pensadores muy singulares e independientes; José María Gallegos Rocafull era sacerdote y se había formado en el ámbito de la teología, y Adolfo Sánchez Vázquez desarrolló la mayor parte de su formación como filósofo siendo ya un exiliado, vinculado al marxismo, al igual que Wenceslao Roces y Luis Araquistáin.

Muchos de los autores arriba mencionados dejaron tras de sí contribuciones notorias —y en algunas ocasiones, sumamente originales— a ámbitos y debates del pensamiento contemporáneo bien diversos. Entre otros, las condiciones de posibilidad de la filosofía como tal, suscitando desde lecturas singulares del método fenomenológico hasta revisiones del logos occidental que se remontaban a sus mismos orígenes. Ligado a lo anterior, la recepción crítica de corrientes filosóficas como el historicismo, la fenomenología, el vitalismo, el existencialismo o la filosofía analítica; la fundamentación de la ciencia y el lúcido diagnóstico de sus derivas opresivas bajo el predominio de la razón instrumental; fundamentaciones, asimismo, del derecho y la sociedad; o un amplio pensamiento político que plantea claves genealógicas del fascismo —ligadas, en ocasiones, a una penetrante lectura de la secularización moderna y su nihilismo consecuente—, y recoge las posibilidades actuales tanto del liberalismo —enraizado en la persona y la comunidad, antes que en la economía y el poder— como del marxismo —bajo una acepción asimismo crítica, muy distante del socialismo real o del “anti-humanismo” althusseriano—. Asimismo, la singularidad de la filosofía en lengua española y sus posibilidades actuales en plena catástrofe europea, cuando las promesas de la racionalidad canónica moderna parecían del todo truncadas, fue un motivo de inspiración relevante, contribuyendo de manera notoria a la conformación de una comunidad iberoamericana de pensamiento

y a la definición madura de un “pensar en español”; algo en lo que sin duda tuvo mucho que ver el contacto estrecho con tradiciones iberoamericanas de pensamiento, escasamente advertidas en España con anterioridad a la guerra.

En definitiva, un escenario rico de contenidos, prometedor, pero falto de orden por las razones ya apuntadas. Ahora bien, si, en medio de todo, tuviéramos que delinear un emplazamiento geográfico privilegiado, ése sería México como bien es sabido y por razones asimismo consabidas. Y si por otra parte hubiera una referencia o un hilo conductor capaz de enhebrar el heterogéneo pensamiento exiliado del 39, esa sería el “humanismo”; o mejor dicho, un humanismo en tiempos oscuros, entendido bajo un triple rasgo:

En primer lugar, se trata de un humanismo entendido como respuesta a la experiencia de inhumanidad y no como una reflexión abstracta sobre una supuesta naturaleza preestablecida del hombre. Es decir, como una filosofía del ser humano concreto construida a partir de su indigencia actual, bajo la presión de la guerra, el totalitarismo y la razón instrumental, más allá de un mero “humanitarismo”.

En segundo lugar, se concreta en planteamientos de la condición humana irreductibles a los criterios de la racionalidad tecno-científica, de cuyos reduccionismos se trazan además algunas hipótesis genealógicas de largo alcance.

En tercer lugar, dichos planteamientos se enlazan de alguna manera con tradiciones críticas del pensamiento en lengua española, subrayando la actualidad de las mismas.

Este triple rasgo bien podría identificar algunos hilos conductores fundamentales de la obra de autores ya mencionados como José Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol o María Zambrano, todos ellos de perfil bien diferente entre sí aunque compartan algunos aires de familia.

Una de las reflexiones menos conocidas de Gaos es aquella que dedicó en los años cuarenta a la vocación deshumanizadora de la razón moderna, consumada en las experiencias de la guerra y el totalitarismo. En una serie de textos de esos años, muchos de ellos aún inéditos incluyendo un curso de metafísica impartido en 1944, planteó la tesis del totalitarismo entendido como la culminación de un proceso de pérdida creciente de la intimidad por parte del hombre moderno, y de progresiva instauración de regímenes de vida caracterizados por la publicidad o anulación de la intimidad de los sujetos y la tecnocracia o dominación organizada de la comunidad que conforman estos sujetos desposeídos de sí mismos. Tal sería el caso, obviamente, del

Estado nazi-fascista y del comunismo soviético, pero también del régimen de vida característico del capitalismo liberal.<sup>6</sup>

Pienso que Gaos planteó dos respuestas diferentes, pero cómplices entre sí, a esta vicisitud contemporánea. Por una parte, su reflexión más original: una reducción de la razón vital e histórica de su maestro Ortega a una razón personal, autobiográfica y casi emocional, que culminará en sus dos grandes libros, *De la filosofía* (1962) y *Del hombre* (1970). En ellos, recordemos, parte Gaos de una fenomenología de las expresiones verbales para extraer de ellas categorías racionales o conceptos fundamentales, cuyo carácter antinómico se resuelve en sentido kantiano, con una apelación a la razón práctica que sin embargo no se apoyará en un sujeto trascendental, sino en los motivos irracionales y las verdades personales de los sujetos empíricos. Por otra parte, su muy conocida y explotada reivindicación del pensamiento de lengua española, con especial atención a la filosofía mexicana, la cual significó no sólo un ajuste de cuentas con el eurocentrismo de la razón moderna, una prolongación crítica de la filosofía de la cultura orteguiana o un posicionamiento estratégico en la nueva coyuntura académica mexicana, sino también la exploración de un concepto de pensar sin derivas totalitarias de otras maneras de entender la racionalidad, siempre desplazadas por los desarrollos canónicos de esa misma razón moderna.

Una duplicidad análoga encontramos en la corta pero fecunda obra exiliada de Joaquín Xirau. Si en su ensayo *Sentido de la Universidad*, aludía a la inminencia de una “hecatombe universal”<sup>7</sup> que, lejos de obedecer a razones coyunturales o accidentales, hundía sus raíces en los itinerarios deshumanizantes de la razón moderna, en *Culminación de una crisis* (1945) hacía explícitos estos últimos, radicados en la desarticulación cartesiana del organicismo por el que el mundo respiraba en la antigüedad y en el que el todo y las partes convivían en torno a un núcleo vital común. Análogamente a Gaos, Xirau respondía a esta pérdida del mundo con un doble y cómplice planteamiento:

Por una parte, el de su filosofía más personal, plasmada en su libro principal, *Amor y mundo* (1940). Allí desarrollaba una fenomenología

<sup>6</sup> *Curso de metafísica de 1944*, en Archivo del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, Fondo documental del Dr. José Gaos, Fondo 1, carpeta 12, fóleos 1248-1599. Según Antonio Zirión, coordinador de la edición de las *Obras completas* de José Gaos, dicho curso formará parte del tomo XVIII, actualmente en proceso de edición. Hay una edición de este curso en Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1993, pero tiene numerosas erratas.

<sup>7</sup> Joaquín Xirau, “Sentido de la Universidad” (1943), en *Obras completas II. Escritos sobre educación y sobre el humanismo hispánico*, Ed. de Ramón Xirau, Madrid, Fundación Caja de Madrid-Barcelona, Anthropos, 1999, p. 468.

de la conciencia amorosa llamada a articular una nueva racionalidad capaz de restituir la experiencia vital en toda su riqueza y plenitud orgánicas, de manera que lo dado en la conciencia significará trascendencia en la inmanencia, identidad en la alteridad, extroversión de una intimidad fecundada por la experiencia primaria del amor, o perspectiva entendida como presencia polimórfica de una realidad inagotable e interconectada.

Por otra, el del “humanismo hispánico”, al que dedicará buena parte de su obra exiliada planteando una ambiciosa reconstrucción del mismo a partir de sus balbucesos medievales. Sus libros sobre Lull y Cossío, así como sus ensayos interpretativos de dicho humanismo, desarrollaban la tesis del organicismo como una concepción del mundo propia de este humanismo, desde sus orígenes medievales ligados a la convivencia medieval entre las culturas cristiana, árabe y judía, hasta sus posibilidades actuales.<sup>8</sup>

Otro ejemplo ineludible de humanismo exiliado o para tiempos oscuros lo encontramos en la obra de Eduardo Nicol, quien en su libro más crítico, *El porvenir de la filosofía* (1972), y en parte también en su continuación, *La reforma de la filosofía* (1980) retrató el mundo posttotalitario desplegado en torno a la razón instrumental; o, empleando su propia terminología, en torno a una “razón de fuerza mayor”, a saber, una razón que ha dejado de perseguir el conocimiento y la transformación de la realidad, para explotarla en función de un utilitarismo tecnocrático e irreflexivo. Una razón contradictoria, por tanto, por su misma irracionalidad, que reemplaza a la actividad filosófica por una suerte de “segunda naturaleza” o de lógica instrumental ciega, anónima e inexpressiva, generadora de dependencias artificiales y sin otro fin que la pura funcionalidad mediática ni otras consecuencias que una deshumanización global. Fruto de todo ello será toda una cultura belicista que absorbe todos los ámbitos de la existencia hasta el punto de convertir a la guerra en protagonista de la historia y en el régimen permanente de la existencia. Nicol tanteaba así un rasgo tan característico de la mentalidad totalitaria como la necesidad de la guerra o la universalización del estado de excepción, presente, aun de manera larvada o latente, en el liberalismo tecnocrático actual. En medio de toda una constelación de referencias en algún modo cercanas tales como la teoría crítica, a

<sup>8</sup> Véase Xirau, *Obras completas II...*; mi contribución “Exiliarse, arraigarse. El organicismo iberoamericano de Joaquín Xirau”, en Antolín Sánchez Cuervo y Fernando Hermida de Blas [eds.], *Pensamiento exiliado español. El legado del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, Biblioteca Nueva-CSIC, 2010, pp. 102-125.

la razón comunicativa, la biopolítica y el comunitarismo, Nicol planteaba uno de los primeros diagnósticos en lengua española de la actual globalización tecnológica, dando cuenta además de algunas de sus dimensiones políticas y sus connotaciones totalitarias.<sup>9</sup>

En uno de sus últimos libros, *Crítica de la razón simbólica* (1980), con el que se cerraba la trilogía iniciada con *El porvenir de la filosofía*, Nicol recapitulaba su dilatada trayectoria anterior, desplegada en *Metafísica de la expresión* y otros libros medulares, y en la que se había ido adelantando una respuesta a la violencia actual: la rehabilitación, precisamente, del humanismo occidental a partir de una revisión de sus equívocos fundacionales arraigados en el mundo griego, de un desarrollo de su vocación comunitaria e intersubjetiva, y de una síntesis metodológica de fenomenología y dialéctica que lo hiciera posible; algo, por cierto, a lo que a juicio de Nicol bien podría contribuir la tradición del humanismo hispánico, aun a pesar de sus tendencias hacia el personalismo, el esteticismo o el ensayismo, caracteres que achacaba sobre todo al perfil orteguiano —y por tanto, de manera indirecta, al de su contrincante Gaos—, muy duramente criticado en *El problema de la filosofía hispánica* (1961) y otros escritos.<sup>10</sup> En realidad, esa misma propensión a la soberanía del yo que tanto habría lastrado a esa tradición, la habría mantenido al margen de las “razones de fuerza mayor” y por tanto de la impersonalidad instrumental. “En efecto, si se logra educarlo, ese personalismo indómito, soberanamente arbitrario y anárquico que adopta a veces nuestro genio puede modelarse y convertirse en algo positivo: en una reivindicación de la persona humana frente al anonimato y la neutralización que imponen las formas de vida actuales.” La filosofía hispánica tenía ante sí el reto de “una rehumanización del hombre”.<sup>11</sup>

*Filosofía y poesía y Pensamiento y poesía en la vida española*, los dos libros que María Zambrano publicó en 1939 durante su breve estancia en México, cumplida en su mayor parte en Morelia como profesora de la Universidad Michoacana, remiten igualmente a esta crítica del humanismo en perspectiva exiliada, entendiendo por crítica no sólo el desenmascaramiento de sus derivas opresivas bajo

<sup>9</sup> He desarrollado estas cuestiones en “Eduardo Nicol y la crítica de la razón instrumental”, en Ricardo Horneffer [coord.], *Eduardo Nicol (1907-2007). Homenaje*, México, UNAM, 2010, pp. 121-137.

<sup>10</sup> He contrapuesto los planteamientos de Nicol y Gaos a este respecto en “Eduardo Nicol ante el proyecto de un pensamiento en lengua española”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 28, 2007, pp. 105-134.

<sup>11</sup> Eduardo Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, México, FCE, 1998, p.163.

la lógica del racionalismo excluyente, sino también las condiciones de su posible rehabilitación sin reduccionismo alguno. Si el primero de dichos libros planteaba esa crítica al hilo de la escisión entre filosofía y poesía consumada ya por Platón, en tanto que dos ámbitos inseparables de la racionalidad humana llamadas a encontrarse, el segundo advertía en la tradición cultural española cauces para la realización de este encuentro.<sup>12</sup>

Pero no olvidemos que Zambrano había vivido todo un precedente de su largo exilio durante su estancia en Santiago de Chile entre octubre de 1936 y mayo de 1937 —en ese momento hay que datar, por cierto, su primera alusión explícita al término “razón poética”, que tanto identificará a su obra—; y tampoco que esta singular manera de entender la razón empezará a desarrollarse en los años siguientes a su exilio mexicano, en los que vivirá entre Cuba y Puerto Rico, o como a ella gustaba decir, en las “islas”. Ello nos da pie a asomarnos a estos dos contextos latinoamericanos del exilio filosófico español del 39, bien diferentes del mexicano.

El caso chileno es muy poco conocido aún y, a manera de declaración de intenciones, debería tener en cuenta, en mi opinión, las siguientes referencias:

- En primer lugar, esa misma estancia de Zambrano, durante la que publicó el libro *Los intelectuales en el drama de España* y preparó tres antologías poéticas, una de ellas —probablemente la primera— dedicada a Federico García Lorca; otra de poetas chilenos afines a la República española titulada *Madre España* en la que se referirá por primera vez de manera explícita a la “razón poética”; y un *Romancero de la guerra española* que incluía poemas de Machado, Alberti, Altolaguirre, Bergamín, Aleixandre, Serrano Plaja y Prados, entre otros. Todo ello sin detenernos en las contribuciones de Zambrano a varias revistas chilenas tales como *Onda corta*.<sup>13</sup>
- En segundo lugar, la etapa chilena de José Ferrater Mora (1941-1946), previa al giro lingüístico que adoptará una vez que se traslade a Estados Unidos. Una etapa en la que publicará algunos libros relevantes tales como *España y Europa* (1942),

<sup>12</sup> Véase la nueva edición de ambos libros a cargo de Pedro Chacón, Mariano Rodríguez y Mercedes Gómez Blesa, en María Zambrano, *Obras completas II*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015 (en prensa).

<sup>13</sup> Véase mi edición crítica de *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la Guerra Civil*, recogida en María Zambrano, *Obras completas I*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 107-514, 859-912.



*Les formes de la vida catalana* (1944) —traducido al castellano ese mismo año—, *Unamuno: bosquejo de una filosofía* (1944) y *Cuestiones españolas* (1945), además de numerosas colaboraciones en revistas como *Cuadernos americanos* y *Germanor*, esta última sostenida por la comunidad catalana residente en Chile y en la que escribió una serie de quince artículos titulada “Introducció al mon futur”, bajo la influencia de la Segunda Guerra Mundial y su desenlace. En estos y otros escritos de este periodo, Ferrater mostraba preocupaciones similares a las que anteriormente hemos apuntado en otros filósofos del exilio. A propósito, por ejemplo, del abandono de España durante esos años por parte de las democracias occidentales, reflexionaba sobre las ruinas actuales de la cultura europea y la necesidad de recuperar al hombre, entendido como una persona singular de raíz insustituible; y ponía las bases del “integracionismo”, que desarrollará posteriormente, así como de la dialéctica España-Europa que asimismo culminará en su libro de 1963 *Tres mundos. Cataluña, España, Europa*.

- En tercer lugar, la obra, menos conocida y en muchos casos pendiente aún de explorar en profundidad, de cuatro pensadores de perfil diverso. En concreto, de Francisco Soler (1924-1982), Augusto Pescador (1910-1987), Cástor Narvarte (1919-2012) y José Ricardo Morales (1915).

Soler había sido discípulo de Ortega y había llegado a Chile procedente de Colombia, enseñó en varias universidades y se estableció definitivamente en Valparaíso, en donde contribuyó a la profesionalización de la filosofía. Dejó inconclusa su principal obra, de la que sólo apareció su primer tomo: *Hacia Ortega I. El mito del origen del hombre* (1965). De manera póstuma apareció, asimismo, *Apuntes acerca del pensar de Heidegger* (1983), autor al que además tradujo.

Pescador se había exiliado previamente en Bolivia, en donde había fundado la revista *Kollasuyo*, trasladándose a Chile en 1953, en donde también enseñó en varias universidades hasta establecerse definitivamente en Concepción. Dirigió el Instituto Central de Filosofía de la universidad de esta ciudad y, si Soler estaba influenciado por el pensamiento de Heidegger, él lo estaba por el de Hartmann, autor al que asimismo tradujo y cuya impronta podría apreciar en su principal libro, *Ontología* (1966).

Narvarte (1919-2012) fue profesor de la Universidad de Santiago de Chile y autor de una amplia obra, entre cuyos títulos cabe destacar

*Problemas de método y teoría* (1981), *Nihilismo y violencia* (1982) y *Hacia una integración ontológica de la filosofía* (1994).

Morales (1915) llegó a Chile a bordo del Winnipeg y es conocido sobre todo por su obra dramática, pero también ha desarrollado una importante obra estética alrededor de libros como *Arquitectónica* (2 vol., 1966-1969) y *Mímesis* (1992).

En definitiva, se trata de seis autores de muy diverso perfil y arraigados en Chile en momentos y contextos diferentes, lo cual hace singularmente atractivo a este exilio chileno.

Pero volvamos, para terminar, al exilio de Zambrano, quien el 1º enero de 1940 partía hacia el Caribe, en donde permanecerá hasta 1953, con un paréntesis romano y parisino entre 1949 y 1951. Después, los vientos del exilio la llevarán hacia varios lugares de Europa, hasta su regreso a España en 1984.

El periodo caribeño de María Zambrano muestra una singular relevancia en el camino hacia la maduración de la “razón poética”, que ella misma entendía, según su célebre carta a Rafael Dieste de 1944, mucho más allá de la reforma orteguiana de la razón, como “algo que sea razón pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad”.<sup>14</sup> Ciertamente, durante estos años Zambrano elaboró ensayos imprescindibles para entender su obra tales como *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940), cuyos planteamientos pueden reconocerse en el Preámbulo a la Constitución de Puerto Rico de 1952, como Estado Libre Asociado, *La Confesión, género literario y método* (1943), *La agonía de Europa* (1945)<sup>15</sup> y *Delirio y destino* (escrito en 1951, aunque inédito hasta 1988),<sup>16</sup> además de madurar el que será su principal libro, *El hombre y lo divino* (1955), cuyas ideas germinales se remontan a 1945-46 y en el que plasmará su interpretación del nihilismo contemporáneo.<sup>17</sup> En estos y otros muchos ensayos, más breves, editados por Jorge Luis Arcos en 2012,<sup>18</sup> Zambrano radicalizará su conciencia de crisis de Occidente, así como la necesidad, para trascenderla, de saberes

<sup>14</sup> “Correspondencia Rafael Dieste y María Zambrano”, en *Boletín Galego de Literatura*, núm. 6, noviembre de 1991, p. 103.

<sup>15</sup> Véase las nuevas ediciones de estos libros a cargo de Sebastián Fenoy y María Luisa Mailard en Zambrano, *Obras completas II...*

<sup>16</sup> Véase la reciente edición crítica incluida en María Zambrano, *Obras completas VI*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.

<sup>17</sup> Véase la edición crítica de Jesús Moreno Sanz incluida en María Zambrano, *Obras completas III*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

<sup>18</sup> *Islas*, Madrid, Verbum, 2012.

alternativos a la razón filosófica tales como la poesía, la confesión o la mística; todo ello al hilo de numerosas colaboraciones con diversos grupos —especialmente con el grupo poético “Orígenes”, encabezado por Lezama Lima—, cursos y ciclos de conferencias, algunos de ellos impartidos en las universidades de La Habana y Puerto Rico, siendo muy apreciada por el rector de esta última, Jaime Benítez, aunque sin llegar nunca a acomodarse en la vida académica.<sup>19</sup>

En definitiva, a partir de su llegada a “las islas”, el exilio de Zambrano se transformará en la gran metáfora de un saber heterodoxo y descentrado que busca la salvación en los márgenes del fracasado humanismo occidental, de una reconciliación entre la razón y la vida imposibilitada desde los orígenes platónicos de ese mismo humanismo, por su tendencia a la racionalidad instrumental y totalitaria. El simbolismo de la insularidad dotará además de una singular complejidad a esta imaginación alegórica. Cuba y Puerto Rico no sólo irrumpirán entonces en la trayectoria de Zambrano como escenarios marginales y por eso mismo propicios para profundizar en su heterodoxa reflexión sobre la violencia suicida de Europa, sino también como figuraciones de una realidad allende la historia, sumergida bajo la lógica sacrificial que ha guiado a esta última, o como afloraciones de la esperanza, inhibida por la experiencia racionalista del tiempo. Las “islas” serán para Zambrano restos del naufragio, símbolos de un inédito comenzar y morada del hombre tras su destrucción totalitaria significada en la experiencia continental, imágenes mediadoras entre la oscuridad de un saber pendiente aún de explorar y la luz que emana de ellas. O como ella misma sugerirá a propósito de cierta terminología de san Juan de la Cruz, en cuyas dimensiones heterodoxas y conexiones con el sufismo no dejará de ahondar, “ínsulas extrañas”, “lámparas de fuego”, “cavernas del sentido” o “llamitas de resurrección”; sin olvidar las “islas afortunadas” a las que alude Nietzsche, otra de las grandes referencias, asimismo, de Zambrano.<sup>20</sup> Como reconocerá en una carta de 1941 al escritor cubano Virgilio Piñera cuando éste parta hacia Argentina, ella ha preferido quedarse en las islas “pues el mejor europeo de hoy, es decir, la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo

<sup>19</sup> Véase el “Estudio preliminar” de Jorge Luis Arcos en ya citado volumen *Islas*.

<sup>20</sup> Véase Jesús Moreno Sanz, “Ínsulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en isla de Puerto Rico”, en José María Beneyto y Juan Antonio González Fuentes [coords.], *María Zambrano. La visión más transparente*, Madrid, Trotta-Fundación Carolina, 2004, pp. 209-286.

tengo”.<sup>21</sup> Las estancias de Zambrano en Cuba y Puerto Rico invitan así a una reconstrucción del exilio filosófico del 39 en el área caribeña que tenga en cuenta la tensión e incluso contradicción entre el pensamiento académico e institucionalizado, y aquel otro heterodoxo y apegado a la vocación de exilio, siempre fronterizo con otros saberes como la literatura y la mística.

<sup>21</sup> Véase la carta en cuestión en María Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, ed. de Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996, p. 259.